

Dar un alma a Europa.
Los cristianos
en la Europa multiétnica
y multicultural
del siglo XXI

por D. Paul Poupard

*Conferencia pronunciada
el 3 de junio de 2002*

Forum Deusto

«Dar un alma a Europa». Los cristianos en la Europa multiétnica y multicultural del siglo XXI

Paul Poupard*

Señor Rector de la Universidad de Deusto
Señor Director del Forum Deusto
Jaun-andreok,
Queridos amigos
arratsaldeon danori!

No hace mucho también yo recorría el camino de los dioses, de la Acrópolis a Delfos, huésped del Ministro de Cultura de Grecia, hablando de Europa. No se trataba ya de mitología, sino de la Europa presente y sus desafíos, al comienzo del nuevo milenio. Es precisamente esta preocupación la que quiero compartir con ustedes esta tarde.

Agradezco por ello al Dr. Elzo, Presidente del Forum Deusto, su amable invitación a compartir con ustedes estas reflexiones, dentro del ciclo dedicado a la multiculturalidad y saludo a las autoridades de esta Universidad, con la que siendo Rector del Instituto Católico de París

* El Cardenal PAUL POUPARD (Francia, 1930) es Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura. En calidad de «ministro de cultura» del Santo Padre, ha representado a la Santa Sede en los más diversos foros internacionales. Miembro del Colegio Cardenalicio desde 1985, es, además, miembro de las Congregaciones para el Culto Divino, Evangelización de los Pueblos, Educación Católica y del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. Ordenado sacerdote en 1954, se graduó posteriormente en la Escuela de Estudios Superiores, Sección de Ciencias Religiosas. Fue colaborador del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de 1958-1959. En 1959 fue llamado a la Secretaría de Estado. Nombrado Rector del Instituto Católico de París en 1971, ejerció su rectorado de 1971 a 1981, desempeñando al mismo tiempo una intensa actividad académica e investigadora. Fruto de ella es el monumental *Diccionario de las Religiones*. Ha escrito varios libros sobre religión y ha recibido múltiples premios y distinciones.

tuve ocasión de estrechar lazos de amistad. Me complace comprobar el dinamismo de esta Universidad que a través del Forum busca acercar la Universidad a la sociedad, animar el debate en torno a los problemas concretos que preocupan al hombre de la calle y aportar soluciones. Estas y otras iniciativas han convertido a la Universidad de Deusto en una ventana abierta a la sociedad vasca y en una plataforma de proyección a toda España y a Europa, gracias a una galería de ilustres profesores de la Compañía de Jesús y laicos, y de las generaciones de alumnos que han hecho justamente famoso el nombre de Deusto en el mundo. Recuerdo también con emoción al Beato Hermano Gárate SJ, quien desde su humilde cátedra de la portería de la Universidad supo impartir las más altas lecciones de vida y constituye un motivo de legítimo orgullo para la Universidad.

Mi intervención de hoy quisiera ser una invitación a la reflexión acerca de Europa y de su identidad en la hora actual. Si para la Escritura es sabio aquel a quien Dios «enseña a calcular sus días» (Sal 90,12), la construcción de Europa necesita de hombres y mujeres que sepan «calcular sus días», es decir, examinar el tiempo en que les ha tocado vivir, medir el alcance de los nuevos acontecimientos y, según el sentido de la sabiduría bíblica, sean constructores y creadores de esperanza, portadores de una nueva cultura para Europa, cuya fuente es Cristo¹.

I. El nuevo rostro multicultural y multiétnico de Europa

Los nuevos desafíos

Europa ya no es, ciertamente, una hermosa joven, a pesar de que siga teniendo muchos pretendientes. Sin embargo, los cantos que la celebran en estos últimos tiempos parecen más un epicedio, pavana por una infanta muerta, que un epitafio por un matrimonio que sella una nueva unión fecunda.

Los desafíos ante los que se halla Europa son enormes. Hasta ahora, había prevalecido el entusiasmo del siglo XVIII, con la idea del progreso incesante y transformador de la realidad, que habría puesto final-

¹ Con este título, *Cristo, fuente de una nueva cultura al alba del III Milenio*, el Consejo Pontificio de la Cultura organizó en Roma del 11 al 14 de enero de 1999 el segundo Simposio Presinodal Europeo, por expreso encargo del Santo Padre. Las actas del mismo, en español, pueden hallarse en P. POUPARD (ed.), *Actas del Congreso Presinodal sobre Europa*, Encuentro, Madrid 2000.

mente el universo en manos del hombre. Hemos vivido con la euforia revolucionaria del siglo XIX, que había pasado de la transformación de la naturaleza mediante la ciencia a la transformación de la sociedad mediante la acción política. Progreso científico y revolución social eran las claves de la realidad y de la humanidad, de la historia y del futuro. Al comenzar el nuevo milenio, significativa y trágicamente inaugurado por los atentados del 11 de septiembre, disponemos de distancia suficiente para valorar los resultados de ambos proyectos, el científico-técnico y el socio-revolucionario, reconociendo honradamente sus conquistas y sus límites². Tales proyectos se han revelado en definitiva un fracaso. La *hybris* europea, el proyecto de construcción de una sociedad sin Dios que está en la base de los totalitarismos europeos del siglo XX ha confirmado trágicamente

No sabemos aún qué nos deparará el siglo y el milenio en que nos aventuramos tímidamente, como recorriendo territorio inexplorado. La introducción de la moneda única, la unificación del núcleo fundacional de la Unión Europea en un solo espacio económico y monetario constituye, sin duda, uno de los pasos más decisivos hacia una verdadera integración. La perspectiva inmediata de la apertura hacia el Este y la consiguiente entrada de nuevos socios marcará indudablemente un salto de calidad en este mismo proceso. Pero al mismo tiempo se ven señales inquietantes en el horizonte. ¿Cómo interpretar el rebrote del antisemitismo en algunos países de Europa, el crecimiento de movimientos xenófobos en Francia, Holanda, Austria, la aprobación de leyes que despenalizan la eutanasia, la violencia juvenil en la calle y en los estadios?

Diálogo entre culturas y civilizaciones

De todos los desafíos de la hora presente, sin embargo, hay uno más acuciante que los problemas presupuestarios y de control de la inflación, sobre el que quisiera detenerme, precisamente porque toca algo fundamental. Me refiero al proceso de surgimiento de sociedades multiculturales y multiétnicas en Europa. Mientras que Europa ha sido tradicionalmente punto de partida para millones de europeos que han poblado otros continentes y regiones, hoy, debido al fuerte descenso de la natalidad y al aumento generalizado del bienestar, es meta de un viaje de esperanza para multitudes que buscan en ella un modo de huir de la amenaza del hambre y de la miseria.

² Cfr. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Entrañeza y extrañeza del cristianismo», *Saber leer* 122 (1999), pp. 8-9.

Este fenómeno de intercambio cultural no es nuevo en Europa. En realidad puede decirse que Europa se ha formado a través de sucesivas oleadas migratorias y del consiguiente mestizaje cultural que se derivó de ello. La invasión de los pueblos germánicos en el ocaso del imperio romano, con la consiguiente romanización de éstos y la germanización de la sociedad romana es uno de los acontecimientos fundantes de Europa. Sin embargo, por la amplitud y características, esta nueva oleada migratoria posee características que la hacen única.

Naturalmente, no pretendo abordar aquí las complejas cuestiones de tipo demográfico, económico, sociológico y político que este problema encierra. No es ésta mi tarea, ni me considero competente para emitir un juicio. Quisiera remontarme a un nivel previo, para enunciar algunos principios de carácter ético y antropológico con los que enjuiciar el debate acerca de la identidad y el diálogo entre culturas que hoy nos ocupa. La Iglesia se halla comprometida en este debate en primera línea. No sólo a través de los centros de acogida para los miles de inmigrantes indocumentados que llegan casi diariamente a las costas del sur de España y de Italia, de sus centros de asistencia y de voluntariado, escuelas y centros de enseñanza en donde muchos inmigrantes realizan su primera toma de contacto con sus nuevos países de acogida. También y sobre todo, apoyada en su visión del hombre, en su experiencia de la universalidad, desea contribuir al debate intelectual. De esta temática, el Consejo Pontificio de la Cultura se ha ocupado en dos Simposios Presinodales, así como más recientemente en el encuentro de Bucarest, celebrado el año pasado, bajo el título de *Europa hacia la unión política y económica en la pluralidad de culturas*³, que constituye exactamente el objeto de mi intervención.

El éxodo masivo de emigrantes que están llegando a Europa, además de las repercusiones de índole económica y social, tiene como consecuencia la mezcla de tradiciones culturales diferentes que repercute tanto sobre los países de origen como los de acogida. El fenómeno migratorio, relativamente nuevo en España, se viene desarrollando en Europa con mayor o menor intensidad desde hace al menos cincuenta años. Esto, junto con la disgregación cultural propia de nuestro tiempo, ha ido dando lugar a sociedades en las que conviven culturas diversas. Los cambios que esta llegada masiva de inmigrantes está pro-

³ PONTIFICIUM CONSILIUM DE CULTURA-KONRAD ADENAUER STIFTUNG, *L'Europe. Vers l'union politique et économique dans la pluralité des cultures. Bucarest, 15-16 mai 2001*, Cité du Vatican 2002.

vocando crean sentimientos de inseguridad y de pérdida de sentido en amplios sectores de la población y dan lugar a situaciones de tensión, a veces degenerada en violencia, que sólo un análisis superficial puede definir como «xenofobia», pues el fenómeno es mucho más complejo. Las recientes polémicas en torno al uso del velo o del *chador* por parte de estudiantes musulmanas en las escuelas españolas —un episodio que en mi país de origen, Francia, la sociedad tuvo que afrontar ya hace algún tiempo—, las protestas por la construcción de nuevas mezquitas en pequeños centros rurales, o el elevado número de inmigrantes entre la población carcelaria, son muestras de la dificultad de un proceso de transformación en pleno desarrollo.

Naturalmente, no existen fórmulas mágicas para resolver problemas tan complejos. Los fenómenos de tipo cultural se miden en siglos, no en años, y hace falta por ello la perspectiva del historiador para perfeccionar el futuro. Sin embargo, ya en el momento presente se imponen algunas consideraciones de tipo ético, que miran a la salvaguardia de la integridad de la persona y del bien común.

Está en primer lugar el respeto a la dignidad de toda persona humana con el cual deben ser tratados los emigrantes. Como recuerda el Papa, «a este principio ha de supeditarse incluso la debida consideración al bien común cuando se trata de regular los flujos inmigratorios»⁴. Los gobiernos tienen la obligación de velar para que la integración de los emigrantes se realice de modo armónico, y por tanto, de limitar el número o el ritmo de llegada a la medida de la capacidad de asimilación de una sociedad. Tienen que ofrecer condiciones de vida digna y pacífica tanto a los que llegan como a la comunidad ya establecida. Deben luchar con toda sus fuerzas contra el tráfico inhumano de inmigrantes, y contra los fenómenos de corrupción creados por las nuevas mafias. Pero en ningún caso se puede, so pretexto de la tutela del orden o de la seguridad, conculcar la dignidad de un ser humano y sus derechos inalienables. Cada emigrante que llega a Europa, sea por medios lícitos o ilícitos, es un ser humano y no un frío dato estadístico, es una persona con sueños y ambiciones, a quien el espectro de la miseria y el espejismo de la riqueza de los países ricos ha obligado a ponerse en camino.

Si cada persona, por el mero hecho de serlo, ha de ser objeto de tutela por parte de los poderes públicos y de los individuos, de modo

⁴ JUAN PABLO II, *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y de la paz*. Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2001, Ciudad del Vaticano 2000, n. 13.

análogo puede decirse lo mismo acerca de las características culturales que los emigrantes traen consigo. Toda manifestación cultural ha de ser respetada y acogida, en la medida en que no se contraponga a los valores éticos universalmente reconocidos y a los derechos humanos fundamentales. Toda cultura, en cuanto realidad humana, «es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y en particular sobre el sentido trascendente de la vida humana. El corazón de cada cultura está constituido por su acercamiento al más grande de los misterios: el misterio de Dios»⁵. Esta es la fuente última del respeto a la diversidad de las culturas.

Ahora bien, si todo individuo tiene derecho a ser acogido y respetado en su realidad personal y cultural, el problema surge cuando una sociedad acoge, no individuos aislados, sino grupos enteros dotados de una fuerte cohesión cultural que entra en conflicto con la del país de acogida. Baste pensar aquí en las comunidades musulmanas en Europa. Por lo general, la presencia de un individuo aislado o de una familia perteneciente a otra religión o raza, crea pocos problemas, aun cuando persista siempre un cierto grado de marginación. En cambio la ocupación de barrios enteros de una ciudad por un determinado grupo de inmigrantes procedentes de un área cultural diversa, crea en la población de origen un sentimiento de alienación, hace que se sienta extranjero en su propia ciudad, y da con frecuencia lugar a manifestaciones más o menos solapadas de violencia.

Modelos de integración cultural

¿Cómo lograr un modelo de integración cultural que supere la división en compartimentos estancos y sea al mismo tiempo respetuosa de las legítimas peculiaridades culturales?

La diversidad de soluciones ensayadas con varia fortuna en los países que han tenido que afrontar previamente esta situación demuestra la complejidad del problema. Está en primer lugar el modelo de la integración *tout court*, que prevé la completa asimilación del extranjero, no sólo a la lengua y a las leyes del país de acogida, sino también a la cultura, la historia y los comportamientos, mediante la adquisición de una segunda identidad. Se trata de un modelo con muchas limitaciones,

⁵ JUAN PABLO II, *Discurso* ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York 5 de octubre de 1995, nn. 9-10: *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, 27 (1995) 564.

pues normalmente la homogenización cultural no va acompañada de la correspondiente igualación social, e impone una cancelación de la memoria cultural de los inmigrantes, más fácil de enunciar que de llevar a la práctica, como lo demuestran las dificultades de la comunidad argelina en Francia o turca en Alemania.

En segundo lugar, está el modelo del *melting pot* americano, un crisol donde toda cultura confluye aparentemente en pie de igualdad. Es el modelo propio de países nacidos de la inmigración reciente, que no obstante la deslumbrante variedad étnica y cultural, se vertebran siempre en torno a un referente cultural predominante. Este modelo ha demostrado una poderosa capacidad integradora, como hemos podido ver en la reacción popular en Estados Unidos ante el ataque terrorista a las Torres Gemelas. Una sorprendente afirmación del sentimiento americano ha recorrido transversalmente los distintos componentes culturales del país.

Europa, en general, ha optado por el *multiculturalismo*, fundado sobre el presupuesto de que todas las culturas tienen igual dignidad y pueden convivir felizmente, más aún, que la pluralidad de opciones culturales de por sí enriquece y mejora la convivencia social. En efecto, de manera semejante a lo que sucede en la persona cuando se abre al diálogo sincero con los demás, también la apertura recíproca de las culturas constituye un factor de enriquecimiento mutuo. Más aun, el diálogo entre las culturas «surge como una exigencia intrínseca de la naturaleza misma del hombre y de la cultura», como recuerda Juan Pablo II, pues la cultura, cuando es auténticamente cultura, posee un dinamismo que la lleva a trascenderse a sí misma y a superar los exigüos límites del particularismo. Más aun, este diálogo entre culturas es el instrumento imprescindible para superar los conflictos que amenazan al mundo.

Sin embargo, el modelo de la multiculturalidad, tal y como se propone desde ciertas instancias, no termina de dar el resultado apetecido, pese a las reiteradas declaraciones de buena voluntad de los gobiernos. Y ello porque de hecho, tal y como se está llevando a cabo, tiende a salvaguardar la identidad cultural del recién llegado a costa de debilitar la fisonomía cultural del país de acogida, lo que a la larga crea situaciones de fuerte tensión social.

En última instancia, este modelo multicultural se basa sobre el falso presupuesto del relativismo cultural. El relativismo cultural, como ha observado Peter Berger⁶, puede degenerar en el fundamentalismo,

⁶ P. BERGER, *Una gloria lejana*, Barcelona, Herder 1995, 63.

pues el espíritu humano aborrece la incertidumbre en la que éste le deja inevitablemente sumido. Cuando todo vale lo mismo, nada vale nada, y entonces los falsos absolutos, y por ende el rechazo de lo extranjero, se convierten en una solución atractiva. Esto explica el creciente éxito de movimientos radicales y de extrema derecha en Francia y en Austria, en incluso en países tradicionalmente tolerantes como Holanda. Son movimientos que recogen un malestar entre los estratos económicamente más débiles de la población, quienes tienen que soportar más directamente el peso de la difícil integración de los emigrantes. En este sentido, la *utopía multicultural* es hija de la crisis de las certezas que caracteriza nuestro tiempo, manifestada en la tendencia a valorizar lo nuevo a expensas de lo viejo, y en un difuso complejo de culpabilidad de Occidente por el pasado colonial en el Tercer Mundo.

¿Qué alternativa tienen los países de Europa? Aún es posible una «cuarta vía», que podemos llamar *identidad enriquecida*. Europa y sus regiones no son un terreno desierto, sin historia ni tradiciones vivas, que hubiera que comenzar a colonizar. Hay una identidad de base, de la que no se puede prescindir, tanto para poder comprender el pasado, la literatura y el arte, como para inventar nuevas formas de convivencia en el presente. Si las políticas multiculturales de las que he hablado podrían describirse con la imagen del área «pic-nic» de la autopista, es decir, un lugar donde cada grupo llegado por su cuenta trae su propia comida, la identidad enriquecida podría expresarse con la metáfora de la *mesa familiar*: una mesa grande, ya preparada según las recetas de la cocina tradicional, en la que siempre hay puesto para otro u otros invitados, que enriquecen la mesa con un vino, un plato o un dulce de su tierra.

En este sentido, el Papa propone un «equilibrio cultural», que «siempre abierto a las minorías y al respeto de sus derechos fundamentales, permita la permanencia y el desarrollo de una determinada «fisonomía cultural», o sea, del patrimonio fundamental de lengua, tradiciones y valores que se asocian a la experiencia de la nación»⁷. El derecho al respeto por la cultura de los nuevos emigrantes es entonces correlativo al respeto por la identidad cultural del pueblo de acogida, que no puede menospreciarse en aras de una mal entendida tolerancia. De otro modo se estarían reproduciendo, a la inversa, la destrucción cultural cometida con frecuencia en el pasado por colonizadores europeos en otros pueblos.

⁷ JUAN PABLO II, *Diálogo entre las culturas para una civilización del amor y de la paz*. nn. 14-15: «Respeto de las culturas y “fisonomía cultural” del territorio».

Es aquí donde yo veo el principal problema de algunas políticas culturales. Da la impresión de que algunos países de Europa han adoptado una actitud de entreguismo que renuncia *a priori* y sin condiciones a su propia identidad cultural, ignorando su propio pasado y acogiendo indiscriminadamente, incluso favoreciendo modelos culturales incompatibles con el suyo. Pero un país que renuncia a su propia memoria colectiva, está condenado a vivir bajo la dictadura de lo social, que es el imperio del presente, en el que los muertos no tienen voz y sólo cuentan los vivos. De todas las necesidades del alma humana —escribe Simone Weil—, ninguna es tan vital como el pasado, que no consiste en querer vivir en otra época, sino en conservar un vínculo y escapar a la tiranía del presente.

Expresión de esta situación es lo que sucedió recientemente en la ciudad de Birmingham. Una decisión del Consejo Municipal proponía sustituir la fiesta de Navidad por una fiesta laica llamada «Winterval», feliz ocurrencia de algún funcionario encargado de la política multicultural, híbrido de winter y de interval. La razón esgrimida por los miembros de la Junta Municipal era que la celebración de una fiesta cristiana constituía un motivo de agravio para los miembros de otras confesiones, musulmanes, judíos, hindúes, e incluso de los que se declaran explícitamente no creyentes, presentes en el territorio. Lo paradójico de la situación, rayano en lo cómico, es que fue precisamente el representante de la comunidad musulmana en la ciudad quien se opuso a semejante despropósito. Si Inglaterra es un país cristiano —decía—, es lógico que se celebre la fiesta del nacimiento de Cristo, a la cual los miembros de otras religiones se asocian con respeto.

El problema de la hora presente consiste en que el conflicto cultural tiene lugar, no sólo entre los recién llegados y los habitantes originarios de Europa, sino también, y acaso en mayor medida, dentro de la misma sociedad europea tradicional. No son sólo los grupos extremistas, refractarios a la integración, quienes reniegan de algunos valores constitutivos de Europa, sino también algunas corrientes y tendencias autóctonas, que hallan después expresión en concretas políticas de gobierno. Si algunos grupos de emigrantes desean únicamente la ciudadanía europea a causa de las ventajas económicas y sociales que conlleva, sin querer asumir la historia y la identidad europea que las han hecho posibles, su posición, en el fondo, no está lejos de aquellos europeos que conscientemente ignoran las raíces de Europa, que se nutren del Evangelio. En una *Declaración Común* firmada por Juan Pablo II y el Arzobispo Ortodoxo de Atenas, Christódulos, en el Areópago de Atenas en

mayo del año pasado, ambos constataban que «la tendencia naciente a transformar algunos países de Europa en estados laicos sin referencia alguna a la religión constituye una regresión y una negación de su herencia espiritual... Hemos de hacer cuanto esté en nuestras manos para que las raíces cristianas de Europa y su alma cristiana puedan conservarse intactas»⁸.

II. El alma de Europa

La identidad cristiana de Europa

Esto nos lleva directamente a la segunda y última parte de mi intervención. ¿Existe una identidad cultural europea? Y en caso afirmativo, ¿cuál es? Cuando se habla de raíces cristianas del Continente, ¿siguen teniendo aún vigencia, son capaces aún de fecundar espiritualmente el presente, o pertenecen únicamente al pasado?

Comencemos con una constatación. Europa es el único continente cuya definición desborda los límites puramente geográficos, por otra parte de difícil localización. Por decirlo con Ortega y Gasset, «Europa es el único continente que tiene un contenido», y este contenido está abierto a lo universal, lo católico⁹. Europa no es una entidad abstracta, ni solamente un mercado o un espacio de libre circulación. Es ante todo comunidad de hombres. No hay comunidad sin el sentimiento de una comunidad de destinos. Una comunidad no está constituida sólo por la generación presente. A ella pertenecen también los que nos precedieron. La custodia de la memoria es el único remedio para escapar de la tiranía del presente, que es el tiempo mensurable, objeto de planificación y sometido a las leyes del rendimiento y del mercado.

Naturalmente, esta identidad no es un objeto fijo e inmutable en el tiempo —tal es la falacia de los movimientos extremistas—, sino una realidad en constante devenir que, conservando sus características fundamentales, no se cierra a nuevas tradiciones y es susceptible de enri-

⁸ *Declaración común* del Papa Juan Pablo II y de Su Beatitud Christodulos ante la Bema de San Pablo, Apóstol de las naciones, 4 mayo 2001. Cfr. mi ponencia introductoria en *L'Europe. Vers l'union politique et économique dans la pluralité des cultures*. Bucarest, 15-16 mai 2001, Cité du Vatican 2002.

⁹ Cfr. el volumen del I Simposio Presinodal Europeo, celebrado en el Vaticano del 28 al 31 de octubre de 1991, *Cristianismo y cultura en Europa: memoria, conciencia, proyecto*, Rialp, Madrid 1992.

quecerse con nuevos aportes. La historia europea nos ofrece casos en los que esta identidad enriquecida ha significado realmente un beneficio para todo el país. Pienso, por ejemplo, en el papel que la comunidad judía ha desempeñado en Francia o Alemania, por ejemplo, o la comunidad armenia de Venecia. Integrándose en la gran corriente cultural de estos países, haciendo suya la historia, las costumbres y leyes, logran mantener su propia fisonomía, en un proceso de mutuo enriquecimiento.

Este reconocimiento de una identidad cristiana no significa canonizar todas las expresiones históricas del cristianismo, del mismo modo que no implica un rechazo sistemático de las realizaciones culturales y sociales nacidas al margen de la Iglesia y a veces en declarada oposición a ella. Como observaba Jacques Maritain, en un curso de verano en la Universidad de Santander, «la sabiduría cristiana no nos propone retornar al medioevo, sino que nos invita a movernos hacia delante. La civilización de la Edad Media, en efecto, por muy grande y hermosa que haya sido, es ciertamente más hermosa en los recuerdos depurados de la Historia que en la realidad concreta. La civilización de la Edad Media estuvo bien lejos de realizar plenamente la noción cristiana de civilización»¹⁰. La Cristiandad europea medieval fue una forma de realizar el ideal cristiano de civilización, pero no la única posible, ni siquiera la mejor. Ni tampoco la Europa surgida de la Reforma, con su ideal de estado cristiano en sus diversas formas confesionales. La Europa de las Catedrales, del Derecho de Gentes, del humanismo cristiano renacentista, es también la Europa de la Inquisición, de la quema de brujas, de las guerras de religión y de las profundas injusticias sociales que han marcado su historia hasta épocas recientes.

Pero aún con todas sus limitaciones y defectos, es indudable que la fe ha dado lugar a una identidad profundamente marcada por la presencia de la fe católica. Europa se caracteriza, en efecto, por su dimensión cultural pluralista y espiritual que ha impregnado la vida y las costumbres de sus pueblos y que aún hoy forman sus estados y regiones. Como ningún otro continente, se ha edificado lentamente a lo largo de dos milenios, bajo el impulso y el empuje de hombres de fe, testigos del Evangelio de Cristo, portadores de un mensaje de amor y de libertad. Santos y héroes han llevado a cabo una auténtica inculturación del Evangelio en una empresa secular, transformando así el alma de los pueblos, su comportamiento social y familiar, las estructuras mismas de

¹⁰ J. MARITAIN, *Religione e cultura*, Morcelliana, Brescia ⁴1982, 29.

la sociedad. La evangelización se dirige en primer lugar a las personas, y a través de ellas, impregna con el espíritu de Cristo la sociedad y la cultura. Es el aspecto antropológico de la conversión a Cristo y a su cultura. Sin San Benito, Cirilo y Metodio, Martín de Tours, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Iñigo de Loyola, Vicente de Paúl, maestros de fe y de cultura, es imposible comprender nuestra civilización, en una dialéctica entre pluralidad y universalismo que ha encontrado precisamente en el cristianismo una síntesis acabada¹¹. Un coral protestante de Bach, un canto de la liturgia ortodoxa rusa o una saeta sevillana cantada al paso de la imagen de Cristo son, a pesar de su aparente lejanía, diversas manifestaciones de una misma realidad que atraviesa Europa del Atlántico a los Urales.

La misión de los cristianos en la Europa del III Milenio

La Europa de hoy, embarcada en un proceso de unificación política y económica, tan deseado como difícil, se ha formado bajo el impulso de un poderoso movimiento de unificación y de identificación, cuyo motor ha sido el Cristianismo y la Sede Apostólica que lo representa. Redescubrir este impulso y reafirmarlo con la sinceridad de los hombres de la fe y de los estudiosos de la historia es una de las tareas más importantes del momento presente. Esta es también la preocupación del Papa, una preocupación que lo ha acompañado desde los primeros momentos de su ministerio. «No puedo no estar preocupado por Europa. Esta preocupación está ligada sobre todo a una responsabilidad que los europeos tienen ante Dios, ante Cristo, por la gracia que han sido los primeros en recibir». Así se confiaba el Papa con los periodistas a bordo del vuelo que lo conducía a Santo Domingo para asistir a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. La suerte del Continente Europeo ha estado siempre presente en el corazón de sus afanes apostólicos, en los tiempos de la guerra fría, durante las horribles masacres en los Balcanes que han manchado la conciencia de Europa, y en estos nuevos tiempos de cambio y de tensión.

Europa debe redescubrir sus raíces. Lo repitió fuerte Juan Pablo II en Santiago de Compostela, junto a la tumba del Apóstol, en el *finis terrae*, en una de las más hermosas afirmaciones de la vocación euro-peísta de la Iglesia:

¹¹ Cfr. P. POUPARD, «L'identità culturale dei popoli europei», in *Il volo della fenice. L'Europa del Vangelo alle soglie del III millennio*, Piemme, Casale di Monferrato 1999, 14-32. 17.

Por esto yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca que se ha considerado siempre europea, por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; Yo, sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en Europa... Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte. Sé tú misma*. Descubre tus orígenes, aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes¹².

A esta Europa que, a pesar de las dificultades, camina hacia su unidad política y económica, la Iglesia vuelve a proponer con fuerza la centralidad del hombre en la sociedad y la cultura con tres valores fundamentales: dignidad de la persona, libertad y verdad. Sin ellas no se da ni cultura ni fe, y constituyen el marco de referencia común.

La concepción bíblica del hombre ha permitido a los europeos desarrollar el concepto de persona y de su inalienable dignidad, un valor esencial compartido aun por aquellos que no profesan religión alguna. La Iglesia afirma que hay en el hombre una conciencia irreducible a los condicionamientos que pesan sobre ella, una conciencia capaz de conocer su dignidad y de abrirse a lo absoluto, fuente de las opciones fundamentales guiadas por la búsqueda del bien propio y ajeno. En segundo lugar, el espíritu de Europa está fundado sobre la *libertad* generada por la fe, libertad del hombre frente a su destino eterno, que es al mismo tiempo liberación de la alineación más profunda del hombre, la del pecado, raíz de la injusticia. Finalmente, la sed de la *verdad*, la primacía de la *episteme* frente a la *doxa*, la búsqueda del *logos* unificador de la realidad, es el tercer elemento constitutivo de Europa, que está en el origen de su filosofía, de su teología y de la ciencia experimental. Si se admite el carácter pluralista del patrimonio cultural europeo, si la diversidad ya no es temida, porque no es en sí misma un peligro para la unidad, si la tolerancia es una virtud ligada a la grandeza del alma humana, si el diálogo es hoy el horizonte respetuoso de la diversidad, no obstante todo esto, la cuestión de la verdad conserva toda su importancia. Pluralismo, diversidad, tolerancia requieren ser percibidos en un marco de principios indispensables para un correcto pensar y actuar. Hoy más que nunca, los cristianos están llamados a ser testigos de la verdad y de los valores que derivan de ella¹³.

¹² JUAN PABLO II, *Acto Europeísta en Santiago de Compostela*, 4 noviembre 1982. *Insegnamenti* V/3, 1257.

¹³ P. POUPARD, «L'identità culturale dei popoli europei», *op. cit.*, p. 25.

Sobre el fondo de estos tres grandes principios de dignidad de la persona, libertad y verdad, se perfilan en el horizonte una serie de valores de la identidad europea. Son los que esbozó el Santo Padre en su discurso ante el Consejo de Europa en su histórica visita a Estrasburgo el 8 de octubre de 1988. Se trata de la familia, el valor de la vida, la dignidad del trabajo, la educación de la juventud, la transmisión del patrimonio cultural, la solidaridad con los demás pueblos de la tierra¹⁴. Son valores compartidos por los cristianos de toda Europa, independientemente de su pertenencia confesional, valores que comparten incluso personas que no profesan religión alguna, y que por tanto deberían encontrar su justo puesto en el proyecto de Constitución Europea.

Apenas hace unos días, el pasado viernes 31 de mayo, el Santo Padre renovaba su preocupación al este respecto, en un encuentro con la Asamblea Regional del Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural. Dirigiéndose a ellos, les decía:

Sin reducir la fe a la cultura, la Iglesia se esfuerza por dar consistencia cultural a la vida de fe y hacer que ésta inspire toda la vida privada y pública, como las realidades nacionales e internacionales. A este respecto, sabéis con cuánto interés la Santa Sede sigue los trabajos de la Convención Europea. Yo mismo he tenido ocasión de deplorar la omisión de la referencia a los valores cristianos y religiosos en la redacción de la Carta de los Derechos Fundamentales. Deseo vivamente que también el Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural trabaje para que no se ignore la componente religiosa que a lo largo de los siglos ha impregnado la formación de las instituciones europeas. El patrimonio cristiano de civilización, que tanto ha contribuido a la defensa de los valores de la democracia, de la libertad, de la solidaridad entre los pueblos de Europa, no se puede dispersar ni ignorar¹⁵.

Es cuando menos sorprendente la ausencia, en el preámbulo de la Carta de Derechos Fundamentales, de toda referencia directa a Dios o al papel que el cristianismo y las Iglesias cristianas han tenido en la historia y tienen en el presente de Europa. Si el deseo de respetar la separación entre el Estado y la religión merece todo respeto, no se puede aceptar la ignorancia, la *amnesia* que conduce a la *afasia*. Me parece también que valores fundamentales como el derecho incuestionable a

¹⁴ JUAN PABLO II, *L'âme de l'Europe*, Discours au Conseil de l'Europe, in *Insegnamenti XI/3*, 1070-1079.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Mensaje* a los participantes en la VII Asamblea Nacional del MEIC, 31 de mayo de 2002. En *Vatican Information Service*, 31 de mayo de 2002.

la vida desde la concepción hasta su fin natural, o la familia —hombre, mujer e hijos— no quedan suficientemente garantizados con vagas formulaciones. Precisamente porque se trata de principios y valores fundamentales constitutivos de Europa, deberían ser afirmados con toda fuerza, sin ambigüedad posible.

Consciente de la importancia de lo que está en juego, el Santo Padre, hace ahora exactamente 20 años, creó, el de mayo de 1982, el Consejo Pontificio de la Cultura, cuya dirección me confió. Una de mis primeras misiones que me correspondió desempeñar como «Ministro de la Cultura de la Santa Sede» fue participar en la elaboración de la Declaración Europea sobre los Objetivos Culturales, que tuve el privilegio de firmar junto con mis colegas ministros de cultura de Europa en Berlín, el 25 de mayo de 1984, y que no ha tenido el reconocimiento que merecía. El preámbulo solemne de esta declaración, que cito a continuación, es sumamente significativo:

Nosotros, ministros europeos responsables de los asuntos culturales, considerando el papel determinante de la cultura, conjunto de valores que dan a los seres humanos su razón de ser y actuar; considerando que las culturas europeas se fundan sobre una tradición de *humanismo laico y religioso*, fuente de su inalienable vinculación a la libertad y a los derechos del hombre; considerando que el patrimonio europeo está formado por recursos naturales y creaciones humanas, riquezas físicas, pero *también de valores espirituales y religiosos*, de creencias y saberes, de angustias y esperanzas, de razones de ser y modos de vida, cuya diversidad constituye la riqueza de una cultura común, base fundamental de la construcción europea¹⁶.

Con estas observaciones, la Santa Sede no pretende reivindicar una posición de privilegio para sí. Precisamente porque se trata de la defensa del alma de Europa, es una tarea común a todas la Iglesias del continente. Así me lo decía el Metropolitano Limonides, jefe de la delegación del Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Griega, a quien tuve el honor de acoger durante su histórica visita al Vaticano el pasado mes de febrero. El arzobispo Limonides, con palabras inspiradas por la prudencia reconocía que era necesario dejar de lado las disputas teológicas que aún separan nuestras Iglesias, no porque carezcan de importancia, sino porque existe un plano en el que es posible, más aún, necesaria, la colaboración entre las iglesias: la defensa de la identidad cristiana de Eu-

¹⁶ *IV Conférence des Ministres Européens responsables des Affaires Culturelles, Berlin 23-25 mai 1984, Preámbulo.*

ropa. Hay un denominador común, un sustrato de valores cristianos en el que se reconocen las distintas confesiones cristianas, católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, y que es posible reconciliar con los grandes ideales de la ilustración: la inviolable dignidad de cada persona, la igualdad de todos los hombres, esclavo o libre, hombre o mujer, griego o bárbaro, la libertad inalienable de cada persona custodiada en el santuario de la conciencia, la solidaridad con todos los hombres del planeta.

Toynbee decía que el destino de una sociedad depende siempre de las minorías creativas, que Maritain llamaba «minorías proféticas de choque». En la hora actual de Europa, la misión de los cristianos consiste en infundirle un suplemento de alma, o más bien devolver a Europa su alma, como recordaba el Papa a los obispos europeos¹⁷. Consiste en hacer conocer a los pueblos europeos su verdadera identidad, para que sean verdadera y plenamente pueblos de Europa, redescubriendo sus raíces, renovando su cultura, corroborando su identidad, creando el mundo nuevo donde la esperanza se hace memoria activa del futuro. Los cristianos tienen que verse reflejados en estas minorías creadoras y ofrecer su contribución para que Europa recupere lo mejor de su herencia y pueda ponerse al servicio de toda la humanidad. Como dice el Concilio Vaticano II, «el futuro de la humanidad está en manos de aquellos que sean capaces de transmitir a las generaciones futuras razones para vivir y esperar» (*Gaudium et Spes*, 31). Tal es nuestro compromiso, dar un alma a Europa, la tarea de la Universidad de Deusto y del Forum.

Nire eskerrik beroenak zuen arretagaitik eta urrengorarte.

¹⁷ JUAN PABLO II, *Discurso* a los participantes en la reunión del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, 15 abril 1993. *Insegnamenti XVI/1*, 898-904.